

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número
 ADMINISTRACIÓN
 Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas
Año.	5
Provincias y Portugal, trimestre.	2
Año.	8
Número atrasado.	0,25
25 ejemplares.	1,50

AÑO III

Madrid 1 de Julio de 1897

NÚM. 86

EL POBRE DIÓGENES



Digan lo que quieran Cánovas, Morlesín, Sagasta, Silvela y don Martín Estévez, seguimos necesitando un hombre

Jueves de Gedeón

(La escena representa el despacho de Gedeón. Suplicamos a las empresas teatrales cuiden mucho esta decoración, poniendo sobre una mesa un retrato de Morlesín con dedicataria, otro de Campillo y un pebetero. Lo demás queda encomendado á su buen gusto.)

Gedeón (solo).—Qué habrá sido de Calínez? Empieza a inquietarme su tardanza. Ningún jueves ha venido tan tarde. Y hoy precisamente que lo necesito más que nunca para que con sus superiores luces se digne explicarme el Manifiesto de Sagasta. Porque yo no he entendido el Manifiesto. Ahora que estoy solo no tengo inconveniente en decirlo públicamente ¡no lo he entendido! ¡Ah! señores, exclamaría desde mi escaño del Congreso, triste cosa es que un respetable hombre público, que el jefe ilustre de un partido se decida á dirigir á la Nación un manifiesto y la Nación no lo entienda. ¿Y por qué creéis vosotros, señores diputados que la Nación no entienda el manifiesto del Sr. Sagasta? Porque no debe entenderlo. ¡Como! exclamaréis vosotros sorprendidos. La prensa fusionista se ha dignado explicarlo. El jefe de un partido que puede encargarse en breve del poder no debe en un Manifiesto dirigido á la Nación decir las cosas claras. ¿Entonces no sería mejor que suprimiese el Manifiesto? me preguntareis vosotros. Así parece á primera vista, pero ¡ah, señores!... Y nada, Calínez sin venir. ¿Dónde andará ese olvidadizo amigo? Si las Cortes no estuviesen cerradas mandaría al criado que lo buscase en las Cortes, pero estando cerradas... ¡Cielos! ¿Le habrá visitado el duque de Tetuan? Vendrá con un carrillo hinchado?... La impaciencia me devora. (Tira de la campanilla). Veamos si mi criado sabe más que yo del paradero de Calínez y del Manifiesto de Sagasta.

El criado (Cóngriez).—¿Llamaba el señor?
Gedeón.—¿No ha venido todavía el Sr. Calínez?
El criado.—Me parece que no. No lo he visto.
Gedeón.—¿Ha mirado usted en el buzón de los periódicos?
El criado.—¿Cómo quiere el señor que en el buzón quepa una persona...
Gedeón.—Ustedes los criados se permiten siempre ciertas observaciones... Pues sepa usted que en el del ministerio de Ultramar cabe el ministro y aún queda sitio para sus parientes. De todos modos la tardanza del Sr. Calínez me incomoda é irrita. Cuando llame, ábrale usted ¡pero ni un minuto antes!

El criado.—Así lo haré, señor (váse).
Gedeón (solo).—Bueno; volvamos al Manifiesto. Aquí está. Lo he leído, empezando por el primer párrafo y concluyendo por el último. Lo he vuelto á leer, empezando por el último y concluyendo por el primero. Lo he leído salteado como los riñones. Lo he leído de pie, lo he leído sentado y sigo sin entenderlo. El Manifiesto dice «A la Nación» ¿no será yo de la Nación? ¿me hallaré sin saberlo al otro lado de la frontera? ¿estaré esperando á Calínez en Francia y no en mi casa? Pero no, este es mi despacho. Allí está Morlesín, allí está Campillo, dos ilustres españoles; pertenezco, por consiguiente, á la Nación, aunque no entienda el Manifiesto de Sagasta. Reflexionemos. D. Práxedes nos va á gobernar dentro de poco, y por lo mismo, no puede ni debe decir cómo va á gobernarnos. Eso está claro. En cambio, Silvela, que no va á gobernar, puede y debe decir cómo va á gobernarnos. Todo ese razonamiento es muy lógico. Yo voy á pintar un cuadro, por ejemplo, pero por lo mismo no debo dibujar las figuras, sino que debe dibujarlas el sacristán de la parroquia próxima. Pero el sacristán de la parroquia próxima puede y debe dibujar las figuras, porque no va á pintar el cuadro. Esto de la política es un poco intrincado, lo confieso, pero meditando las cosas con serenidad y detenimiento, resultan sumamente comprensibles. Vaya, ya he entendido el Manifiesto de Sagasta. Primero dice don Práxedes «A la Nación» y luego bebe. Es una especie de brindis; como si dijera ¡Vaya por ustedes! ó ¡a la salud de los comités! Un hombre de Estado en visperas de su alumbamiento gubernamental no puede decir más. (Suena un campanillazo). ¡Qué oigo! un campanillazo. Ahí está Calínez. A buena hora llega, cuando ya he entendido el Manifiesto de Sagasta. En fin, mi criado no le ha abierto la puerta antes de que él llamara; veo que por lo menos se respetan mis órdenes. Pasa, Calínez, pasa. ¿Pero qué veo? no es Calínez. (Entra D. Trifino Pérez del Neutro). ¡Tan to bueno por esta casa, D. Trifino!

D. Trifino.—No crea usted, amigo Gedeón, que es desinteresada mi visita.
Gedeón.—Siéntese usted, de todos modos.
D. Trifino.—No puedo hacerlo más que de uno, y eso que desde que me he dedicado á la política me sienta más... me siento más... ¿Cómo diré yo?
Gedeón.—Esta es la butaca más grande. Conque á la política ¿eh?
D. Trifino.—Sí, señor; yo era neutral de condición y Pérez del Neutro de apellido, pero amigo, fui una célebre noche al teatro Moderno, y cáteme usted silvelista.
Gedeón.—No, basta su palabra de usted; jamás le haría la ofensa de catarle. ¿De suerte que pertenece usted al tercer partido?

D. Trifino.—Con alma y vida. Después de cincuenta y ocho años de formar entre la masa neutra, una palabra de Silvela me ha lanzado á la candente arena de las luchas políticas. Pues á lo que vengo, mi excelente amigo. Yo voy á Burgos con el jefe, y nuevo como soy en esta clase de campañas, desearía que usted me doctrinara, me guiara, me adiestrara, me diera, en suma, una tintura de hombre público, de político militante...

Gedeón.—Entendido, entendido. Precisamente acabo de descifrar el misterioso sentido de un importantísimo documento político. El Manifiesto de Sagasta. ¿Lo ha leído usted?
D. Trifino.—No señor; ¿dónde está?
Gedeón.—Creo que por aquí; encima de esta mesa. ¡Caramba! pues yo creía haberlo dejado...
D. Trifino.—Me parece que lo tengo debajo.
Gedeón.—Es verdad. Ahora lo comprendo todo; estaba en esa butaca y se ha sentado usted encima.
D. Trifino.—¿Debo levantarme?
Gedeón.—No señor, no hace falta; pero no mire usted al retrato de Campillo.
D. Trifino.—Así lo haré, pierda usted cuidado. Pero vamos á nuestro asunto. Señor Gedeón, ¿qué es la política?
Gedeón.—El arte de sentarse encima de un Manifiesto cuando ese Manifiesto está encima de una poltrona.
D. Trifino.—¿De suerte que apenas he entrado en este despacho y con solo sentarme en esta butaca he realizado el acto político más importante de mi vida pública? Y mi mujer que me decía: ¡Trifino, tú nunca entenderás eso!
Gedeón.—Pues sabe usted tanto ya como su propio jefe. Verá usted como al cabo y al fin, años antes ó años después, da D. Francisco un Manifiesto «A la Nación» para sentarse encima.
D. Trifino.—Entonces no le molesto á usted más. Corro á decir á mi mujer que lo sé todo.
Gedeón.—Vaya usted, vaya usted á su casa señor Pérez del Neutro, y luego á Burgos y á Malaga y á Vitigudino, hasta que cansados de tanto andar se sienten ustedes.
D. Trifino.—Mil gracias, señor Gedeón, y hasta la vista. Silvela y usted me han hecho hombre. Corro á decirselo á mi mujer.
Gedeón.—Nos lo agradecerá muchísimo. (Sale D. Trifino.)
Gedeón.—¡Pero ese maldito Calínez! (Suena un campanillazo). ¡Ahora sí que es él! Me acercaré á la puerta. No hay placer como el de la venganza. ¿Quién es?
Calínez (desde fuera).—Abre, Gedeón.
Gedeón.—¿No estoy en casa!

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡MAS!... ¡MAS!...

¿Pienzas gobernarlos siempre? No lo verán tus ojos. (Kempis. lib. I. cap. XX).

I
Brindemos por Cos Gayón que con su calma y saber nos pinta la condición que el hombre debe tener. Ved en la Huerta al Señor: de Morlesín á merced ve girar en derredor los frescos de la pared, y cansado de mandar, aunque no harto de gruñir, tomando de Brown Séquard el magnífico elixir, lleno de pasión quisás, dice, ahito y dormilón. ¡Oh insaciable corazón! pensando en Weyler. ¡Más!... ¡más!

II
¡Más! ¡más! suprema explosión que al pueblo pone á parir: misteriosa evocación de un oscuro porvenir, profética emanación que hace al Monstruo sonreír y en eléctrica ascensión conduce á algún general de eslabón en eslabón á hacer la guerra inmortal. ¡Más! divina aspiración de una y otra expedición que vemos ir sin volver en perpétua evolución: mientras que solemos ver á Linares germinar, á Fernanflor florecer, á Vadillo madurar y á Castellano crecer y en su anhelo de llegar a más alto porvenir, á Lastres y Osma sentir la tristeza de esperar. Y el Monstruo, supremo sér, de todo infinito en pos, inmutable en el poder goza y triunfa y además llega hasta crearse un Dios. ¡Más! Atanasio. ¡Más!... ¡más!

III
¡Morlesín! En conclusión nuestro más es el fatal

sino de aquesta nación. ¿Qué vale el más liberal? Es materia Capdepón, Abarzuza, vegetal, don Segis, la sensación de la ota en lo humano. El más nuestro es religión: cual Tejada, inmensidad cual Linares, corazón, como Cheste, eternidad; y entre cobrar y comer y aguantar y transigir á un fin aspirar mejor: ya Navarrorreverter os manda el recaudador... ¡Elixir! ¡más elixir! ¡Brindis! ¡A Elisa y su autor!

IV
¡Más de todo! ¡Morlesín! Mas aire! Abrid el balcón y veremos la extensión de la Antilla celestial cuyas piedras, de coral nos parecen; ilusión con que la sangre sin fin pinta la imaginación; y ese insondable caudal y esa eterna sucesión no han de tener fin jamás... ¡Vaya más gente! ¡Atención! ¡Este es el último más!

V
¡Rhín! Pero El Tiempo ¿qué es? Contad un día y un mes, luego un siglo, después mil, siglos de siglos después con la cabeza febril por siglos multiplicad y aun á Silvela veréis flotando en la eternidad. Si no amengua vuestro ardor jamás, jamás y jamás aun acumular podréis cin mil batallones más y á mil millones dar fin. ¡Siempre más! ¡Gloria al peder! ¡Rhín, Sánchez Toca, más (Rhín!

VI
¡Rhín, Rhín! La nueva emisión de infimos perros ahí va:

ya se halló nueva fracción de moneda, un más allá. Sumad un perro, dos, tres y cuatro y mil y un millón y mil millones después, y el caudal de la nación

veréis en qué para al fin de este gobierno, al través, que arree quien venga atrás. ¡Rhín, Atanasio, más Rhín! ¡Más!... ¡mucho más!... ¡mucho más!!!

EL EQUIPAJE DE JUNIO

Junio, el sexto mes del año natural y el último del año económico—porque olvidado tenemos de puro sabido que el año económico parte por enmedio al año natural—se dispone á hacer su equipaje con toda calma, no sin observar la impaciencia de Julio, que tiene prisa por ocupar el sitio de su antecesor.

—Pero, Julito ¡por Dios!—le dice el mes caduco al mes rozagante.—un poquito de calma que todo se andará.
—Es que como yo he de sucederte...
—También Sagasta tiene que suceder á Cánovas y ya ves tú que no le da ninguna prisa.
—Es que observo que has recogido muchos chismes, trastos y envoltorios en los treinta días de tu vida y todo eso lo tienes ahí amontonado; las maletas vacías, las correas colgadas, el mundo sin arreglar todavía...
—¿Todavía dices? ¡y lo que te rondará, morena!
—Pues manos á la obra, que con un poco de buen deseo, si no arreglamos el mundo, arreglaremos el resto del equipaje.
—Vamos allá y empecemos por los objetos más pesados. Vé dándome los 300 libros de Cánovas para ponerlos en el fondo del cofre.
—Me parece que va á tener exceso. ¿Lo paga don Antonio?
—¿Qué ha de pagar? Los excesos ministeriales nunca los pagan los de arriba.
—Ya, ya veo que son los de abajo, los del fondo del cofre.
—¡Ajaja! ya están los 300 libros.
—Ahora te faltan treinta.
—¿Por qué santo?
—Por el 10 por 100 de recargo que nos ha impuesto el ministro de Hacienda.
—Pero hombre ¿quién carga con 330 libros de Cánovas?
—Fíjate en que de Cánovas no son más que 300; los otros 30 son de Navarrorreverter.
—¡Todo sea por Dios!... pero aguardame un poco que voy á... ¿tienes un papel?
—Toma el más viejo que veo por aquí; el extracto de la sesión de Cortes del día 1.º... Pero, llévate diez céntimos.
—¿Diez céntimos en mi propia casa?
—¿Qué remedio? Es el recargo del 10 por 100 y no hay ningún ciento que se escape.
—Entonces me aguento.
—Lo vas á pagar ¿eh?
—No, hombre; me aguento, precisamente para no pagarlo. Vamos á ver, venga otra cosa.
—¿Quieres el lío de la crisis?
—Bueno; venga la crisis, pero eso no es un lío, es una cosa que trajeron muy arregladita.
—Es verdad; aquí está. ¿Qué ponemos ahora?
—Podemos poner la espada regalada á Guerrita por el príncipe Nicolás de Rusia.
—Pero hombre, ¡hay un príncipe ruso que regala estoques á un matador y no obsequia con otra daga á los verdaderos rusos?
—Déjate de reflexiones, que no estamos ahora para eso. Trae el estoque. Lo pondremos atravesado...
—Te van á silbar.
—Pues no cabe de otra manera en el baul. Y la daga, tráela también, á ver si se sostiene en aquel rincón.
—No puede, se cae.
—Pues apriétala con los 300 libros, y vamos á otra cosa.
—Aquí tienes unos cuantos cartuchos; parecen de perdigones; ¿vas á dar el timo á alguien?
—No son de perdigones, sino de céntimos, y el timo en todo caso será del ministro de Hacienda, que nos pone ahora ese recargo en los tranvías.
—Bueno, ¿y qué hacemos con los céntimos?
—Aguarda, antes de cerrar el baul espolvorearemos con ellos el equipaje para que no se apolille; esos cartuchos son todo el alcanfor y toda la pimienta de Navarrorreverter.
—Bueno, ¿dónde metemos ahora el Manifiesto de los liberales?
—En la bandeja de arriba, donde va la ropa de plancha.
—La ropa de Pascua, querrás decir.
—De plancha, de plancha; bien sé lo que me digo.
—Aquí tienes los objetos de viaje: la gorra que llevó á Zaragoza el ministro de Ultramar y el bisoñé de viaje que se puso Navarrorreverter para inaugurar la «Exposición de industrias creadas, introducidas ó desarrolladas al amparo del vigente Arancel».
—¿Has acabado ya? Eso parece un título de Ricardo de la Vega.
—Pues no: el de Vega es otro. Aquí va á haber algo gordo.
—¿A que no? Si fuera cierto me quedaba.
—No te entretengas ¿Qué vas á hacer con la gorra y el bisoñé que tengo en la mano?
—La gorra la llevaría puesta si me viniese bien, pero creo que tengo más cabeza que el ministro de

Ultramar. En cuanto á la peluca, haz de ella lo que quieras.

—Veré si hago un hacendista.
—Traeme ahora la indemnización del dentista Ruiz.

—Eso para el otro mundo.
—No; ha de ser en este y enseguida ¡ajajá! pondremos encima el retrato de Mr. Woodford.

—Con marco ó sin marco?
—Con anilla, para que se pueda colgar.
Poco á poco fué llenándose el cofre.

Allí entraron un modelo de buque de la casa Ansaldo con montura de oro y brillantes, el uniforme académico de *Fernán Cortés*, los bastones de los nuevos alcaldes; cada bastón con su correspondiente estoque para pinchar en los fieltos; el discurso de don Práxedes en la Academia de Ciencias exactas, físico-químicas y autonomistas; las adhesiones al tercer partido puestas en papel de música, recuerdos del Jubileo y, en fin, demonios. Estos últimos de la obra de Ricardo de la Vega y el maestro Jiménez.

Cuando Junio y Julio se pusieron á cerrar el baul, vieron que la empresa (no la de Apolo, sino la suya), ofrecía serias dificultades.

—Ponte tu encima—decía Junio.
—No; yo debajo y tu encima y aprieta.

Dejemos á los dos sudando y á Linares Rivas también, sudando de curiosidad, intrigado por el diálogo y procurando distinguir algo por el ojo... por el ojo de la llave...

FOTOGRAFÍAS ÍNTIMAS

DON FRANCISCO SILVELA

Un ilustrado semanario madrileño ha comenzado á publicar esta sección, en la que se propone dar pelos y señales de nuestros conspicuos.

La idea es acertadísima, salvo algunas dificultades, como la de dar pelos y señales del Sr. Navarrotreverter, si bien esa dificultad puede quedar subsanada reservándose un poco al hacer la semblanza del Sr. Canalejas. GEDEÓN había tenido esa misma idea y coincidió con ella en cuanto la vió llevada á la práctica por el semanario *sobredicho*, como si dijéramos.

De idéntico modo coinciden muchos autores cómicos y dramáticos y tal cual articulista en libertad. Ahí va, pues, nuestra primera fotografía íntima.

Nuestros lectores sin duda se habrán imaginado al jefe de la disidencia conservadora, tal como le pintan la tradición y la ópera barata:

*Al fianco l'acciar,
la piuma al capel,
la scarsella piena...*

¡Error profundísimo, tan error y tan profundo como el credo del silvelismo!

El Sr. Silvela, á pesar de su fama de florentino, de *hombre del Renacimiento* y de cortesano de Lorenzo de Medicis, es un sencillito y modesto burgués, no menos prosaico en su vida y hechos cotidianos que D. Pedro Martínez Luna.

Cierto que *la daga obliga* y los bombos de *El Imparcial* también, pero D. Francisco no pasa de cubrir las apariencias, que son unas *apariencias... fenomenales*, como dice D. Nicolás Salmerón, cuando intenta hablar claro.

No se sabe que el Sr. Silvela cubra nada más. Para eso está el Sr. Villaverde, que es hombre de mayor volumen y de más peso específico.

D. Francisco ocupa un piso segundo (sin ascensor, pero con entresuelo) en la calle de Serrano, esquina á la plaza de la Disidencia, digo, de la Independencia.

Se halla, pues, frente á la puerta de Alcalá; es decir, frente á una puerta *de paso*, que no sirve para entrar en ningún sitio ni para salir de ningún apuro.

Lo más notable del alojamiento del Sr. Silvela son los pasillos: ocupan casi todo el perímetro de la casa y son tortuosos, no muy claros y llenos de recobecos. El misterio parece habitar en aquellos rincones.

Pero no se asusten ustedes, que no habita. En cierto camarín reservado hay una fuente, cuyo grifo suelta el agua gota á gota sobre una pila de mármol.

Cuando va el Sr. Rodríguez San Pedro de visita á casa del jefe, el grifo se cierra automáticamente... y viene á ser lo mismo que si no se cerrara.

En todas las habitaciones hay termómetros y barómetros para conocer al minuto el estado de *El Tiempo*.

Los hay de todos los sistemas, pero el que merece la predilección del amo de la casa es un barómetro de los llamados *de fraile*; en él por un lado sale de sus casillas un reverendo jerónimo, que se parece mucho á Rancés, con la capucha puesta, mientras por el otro lado entra una monja bien parecida... á Sor María de Ageda.

Cuando entra la monja sale el fraile y viceversa. Parece mentira que D. Francisco no haya sabido sacar punta á esta incompatibilidad, en la que tal vez estriba el secreto de sus aplaudidísimos fracasos.

Pero la habitación más notable de la casa es la que sirve de sala de recepción, aquella en que don Francisco acostumbra reunirse con sus fieles parti-

darios: la *Sala de pasos perdidos*, llamada así porque todavía no se ha ganado cosa alguna de provecho con los pasos que se han dado allí.

Es un magnífico salón, cuyas paredes adornan panoplias de esgrima, perchas y escalas para hacer gimnasia, planos de *arreglos* de catedrales góticas por el marqués de Cubas y retratos de silvelistas del mismo estilo, por un sobrino de Francisco I, como le llaman ya al Sr. Silvela sus entusiastas, sin acordarse de la torre de los Lujanes, que en este caso podría ser la de los Mesejos.

En cuanto á las costumbres domésticas del señor Silvela, nada concreto hemos podido averiguar, pues *una de las mil* que le faltan es un Morlesín ó un Pablo Cruz servicial, diligente y una miaja indiscreto con los periodistas.

Existe una vaga sospecha de que D. Francisco duerme boca abajo, para no caer sobre el lado izquierdo ni sobre el derecho, y muy autorizadamente podemos afirmar que no usa gorro, á no ser en tiempo de elecciones. Entonces, suele regalárselo el gobierno.

No cabe duda respecto de que la leche esterilizada es la base alimenticia de D. Francisco: una base un tanto *oncena*, como dirían Pidal y López Silva.

Con semejante base, resulta el Sr. Silvela un hombre de tragaderas estrechísimas y extremadamente melindroso. A todos los alimentos hace ascos, con lo cual es ocioso decir que se halla muy *distantiado* de la olla grande.

Sus comidas son silenciosas, por lo general; no toma café, ni fuma, desde que han cesado de remitirle cigarrillos de *La Corona*. Pero dice que, en cuanto se los remitan de nuevo, volverá á chupar. Mientras tanto, escupe.

En materia de indumentaria, es hombre de gustos refinados. Toda su ropa va *herméticamente* cerrada y aun los bolsillos del pantalón suele abotonárselos, para que no le descubran el forro. Tiene de común con el Sr. Linares Rivas la afición á cortarse esmeradísimo el cabello y la barba, pero difiere por completo del citado ministro en otra particularidad: el Sr. Silvela es enemigo acérrimo de los chalecos claros y de las situaciones *idem*. D. Francisco no acostumbra dormir la siesta y si la duerme es con un solo ojo, cosa que ha aprendido de Argos el de *El Imparcial*.

Aunque sus enemigos propalan por ahí la especie de que D. Francisco dormita *aliquando*, no lo crean ustedes. Una cosa es que deje á sus partidarios dormir la siesta del carnero joven y otra, que la duerma él.

Sobre la mesa de trabajo de D. Francisco hemos logrado sorprender, en un momento de abandono, los elementos ó materia prima de sus discursos políticos: unos cuantos *Almanaque de la Risa*, de los años 60 á 72, una colección completa y encuadernada de GEDEÓN (á 10 pesetas las vendemos, como ustedes saben: Fuencarral, 23), y un ejemplar lujosísimo de la edición *princeps* de *Rocamboles*.

Más ¡oh, desencanto! lo único que en nuestra visita al insigne hombre público no pudimos atisbar fué precisamente lo que más hondamente nos preocupaba.

Nos volvíamos todos Thuiller y ¡nada! no divisábamos por ninguna parte la daga, la legendaria *florentina*....

Más adelante veremos en qué casa de otro conspicuo encontramos aquel instrumento de muerte.

GEDEÓN MORENO

Con Agua, azucarillos y aguardiente

logró Ramos un éxito prudente

¡Qué flojitos andamos,

oh, dulce amigo Ramos!

¡Ha empezado el período de la seca,

noble maestro Chueca?

La obra, dice el autor que es un pasillo,

y el público sencillito

á Ramos dá á entender con buenas formas,

que no pasa el pasillo sin reformas.

Y Ramos, que es artífice y artista,

á la segunda noche,

cual Cánovas, se vuelve reformista

y corta y raja y limpia á troche y moche,

y aquí tomo, allí dejo,

echa fuera á Rodríguez y á Mesejo;

es decir, los suprime de su obra,

que el público notar le hizo la sobra.

Ya dejó las reformas implantadas

en Agua, azucarillos y aguardiente,

y en voces destempladas

el público exigente

aún hace pocas noches le pedía...

—¿Más reformas?—Quía, no; la autonomía.

—

El señor don Ricardo de la Vega,

hombre á quien nadie niega

talento sin rival de sainetero

(y atroz latosidad de revistero)

ha compuesto un sainete

de mirarlo una vez, y calla y viste.

Don Ricardo echa siestas, como Homero.

La música es... cual del monión anónimo.

La compuso Jiménez (don Jerónimo),

y con razón se teme

que no le ha de elevar ni medio jeme

sobre su altura actual, que, bien mirada,

es la de Castellano y de Tejada.

En resumen, más de uno se hizo el sordo

y más de otro dió muestras de fatiga

y aunque otra cosa diga

el cartel, aquí no hubo nada gorda.

.... y armas al hombro

Alto visiteo:

•El Sr. Montero Ríos ha estado hoy en Palacio con objeto de cumplimentar á su majestad la reina.

¿Qué dirían los Monteros de Espinosa al ver á este otro Montero de la fusión?

Parece que los estoy oyendo.

—Un Montero más. Nosotros velamos el sueño de los reyes y este otro vela el sueño de D. Práxedes.

Oído á la caja:

•Telegrafían de París que el embajador marroquí, llegado recientemente á aquella capital, se ha vuelto loco, presentándose la demencia con caracteres muy singulares.

Solo falta que la locura sea enfermedad de embajadores.

Porque me temo que á Mister Woodford le va á ocurrir lo mismo.

Al menos, se discute estos días la plenitud de sus facultades.

Lecciones de tauromaquia política por un colega sagastino:

•Y crea el Sr. Silvela que, dando voces ea el tendido, no se consigue justificar la alternativa.

Claro que no.

La alternativa se justifica toreando antes por los pueblos.

Que es lo que va á hacer ahora D. Paco.

Para Cánovas no hay Pirineos.

Le Figaro en un artículo sabroso defiende á don Antonio y aboga por su continuación en el poder.

Meditemos.

¿Quién no ve en todo esto un cambio de servicios? Cánovas ha prestado á *Le Figaro* su pluma.

Y Figaro ha prestado á D. Antonio su navaja de afeitar para que acabe de descañonarnos.

Leo:

•El señor ministro de Ultramar no tiene aún ultimada la combinación de algunos altos puestos en la administración de la isla de Cuba.

Ya la ultimaré.

Sin duda está meditando á la sombra de su árbol genealógico.

No hay otro Weyler.

Ayer leí que había llegado á Santiago.

¡Ya ven ustedes! Nosotros no llegaremos hasta el día 25 de Julio.

Pues él ¡ha llegado ya!

¡Para que hagamos calendarios con el general, con la campaña y con el relevo!

La boca se nos hace agua leyendo la siguiente noticia:

•La única persona que no vestía en el jubileo de la reina Victoria de uniforme era el embajador extraordinario de los Estados Unidos, el Hon. Whitelaw Reid, siendo por consiguiente, el suyo el único sombrero de copa que se veía en toda la comitiva.

El único sombrero de copa; ya lo oyen ustedes.

Estaba pidiendo el apabullo.

¡Cuánto habrá sufrido el señor duque de Sotomayor!

Se ha verificado en el *Teatro Moderno* la *reprise* de la antigua zarzuela *El hombre es débil*.

Lo siento por Pinedo, pero no va á tener gente.

Porque esa misma obra la está representando don Antonio en el Gobierno ya va para tres años.

Y no gusta.

La única rata que se le ha escapado al señor ministro de Hacienda:

•Se ha verificado la inauguración del Círculo Filatélico Matritense. Numerosa y distinguida concurrencia de coleccionistas se vió en el espacio y bien decorado local.

—¡Tonto de mí!—habrá dicho el listísimo señor Navarrotreverter.—¿Cómo no se me habrá ocurrido poner contribución á los coleccionistas de sellos?

A bien que GEDEÓN está aquí para apuntar una idea al señor ministro:

Desde 1.º de Julio todos los coleccionistas deberán pegar un sello nuevo encima de cada sello usado.

El jubileo de los ingleses... en Cuba:

•El señor ministro de Ultramar manifestó anoche que se había abierto el pago á las clases activas y pasivas de Cuba, á quien se abonarán sus haberes, 80 por 100 en plata y 10 por 100 en papel.

¡Si será fino el señor ministro!

No solo da las pagas sino papel para en volverlas.

Y con objeto de que puedan envolverse mejor, quita un poquito á las pagas y añade otro poquito al papel.

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 8

¿QUÉ ES EL MANIFIESTO DE LOS LIBERALES?

El torro de mis 300 libros. Sabido es que no me
cumpo de ellos ni por el torro.

Antonio Cánovas del Castillo.

Como ministro de Gracia y Justicia, creo que de-
be aplicarse al Manifiesto la última circunstancia
gravante que señala el Código penal: ser vago el
alguacil.

Tejada Valdesera.

Las dos partes de que consta el Manifiesto son dos
verdaderas adquisiciones para el Museo de Artille-
ría: la auténtica espada de Bernardo y la carabina
indudable de Ambrosio.

Asórraga.

Confieso que la bofetada no se la di á ningún se-
ñor fusionista, sino á todo el partido que acudió
á D. Práxedes. Y si no, véanlo ustedes: el partido
beral se ha hinchado.

El Duque de Tetuán.

Declaro que el Manifiesto de Sagasta y el mío se
arrecen como una gota á otra gota de agua de ce-
ja.

F. Silveira.

No lo he visto todavía; pero en cuanto acabe de e-
scribir el portero del ministerio, me ha dicho que me
lo dejará.

T. Castellano.

Yo puse la letra. Moret puso la música y D. Prá-
xedes ¡si será gitano! le echó después la Buenaven-
tura Abarzuza.

G. Gamazo.

Es una especie de aviso torpedero, aunque sin lle-
var á torpedero, pero pasándose de torpe. Y cuidado
que en esta materia soy una autoridad.

J. M. Beránger.

Pólvora en salvas para mi Jubileo de diamantes.

La reina Victoria.

Un plato de ternera sin ternera.

Angel Muro.

Calines.—Y tú crees, Gedeón, que el Manifiesto
los liberales influirá en el problema de Cuba?

Gedeón.—Vaya si influirá!

Calines.—Pero ¿qué es el Manifiesto?

Gedeón.—Una especie de La perdimes, sino que
mayor.

EL YANKEE QUE VIENE

El sustituto de Taylor
dicen que es persona fina
y para estar en caracter
trae la navaja en la liga.



COPLAS DE LA VERBENA

La primera verbena
que Dios envía,
no es la de San Antonio
de la Florida,
que la primera
es la del San Antonio,
que está en la Huerta.

Tetuán vende las tortas;
chufas y ehochos
venden al respetivo
Reverter y... otro.
—No me lo digas:
ya sé quién es el otro:
Linares Rivas.

Tienen los responsables
cada uno un puesto:
el de Antonio es más grande
y es de buñuelos,
churros y cohombros,
que, como los recibe,
los escote Antonio.

Peña Ramiro paga
por la verbena;
y apretando los puntos
de la vibuela,
con voz sonora
sus cánticos se lanzan
con estas coplas:

—Al saber que en la Academia
entraba al fin Fernán-Flor,
Frontaura tiró el espejo
¡como hombre y como escritor!

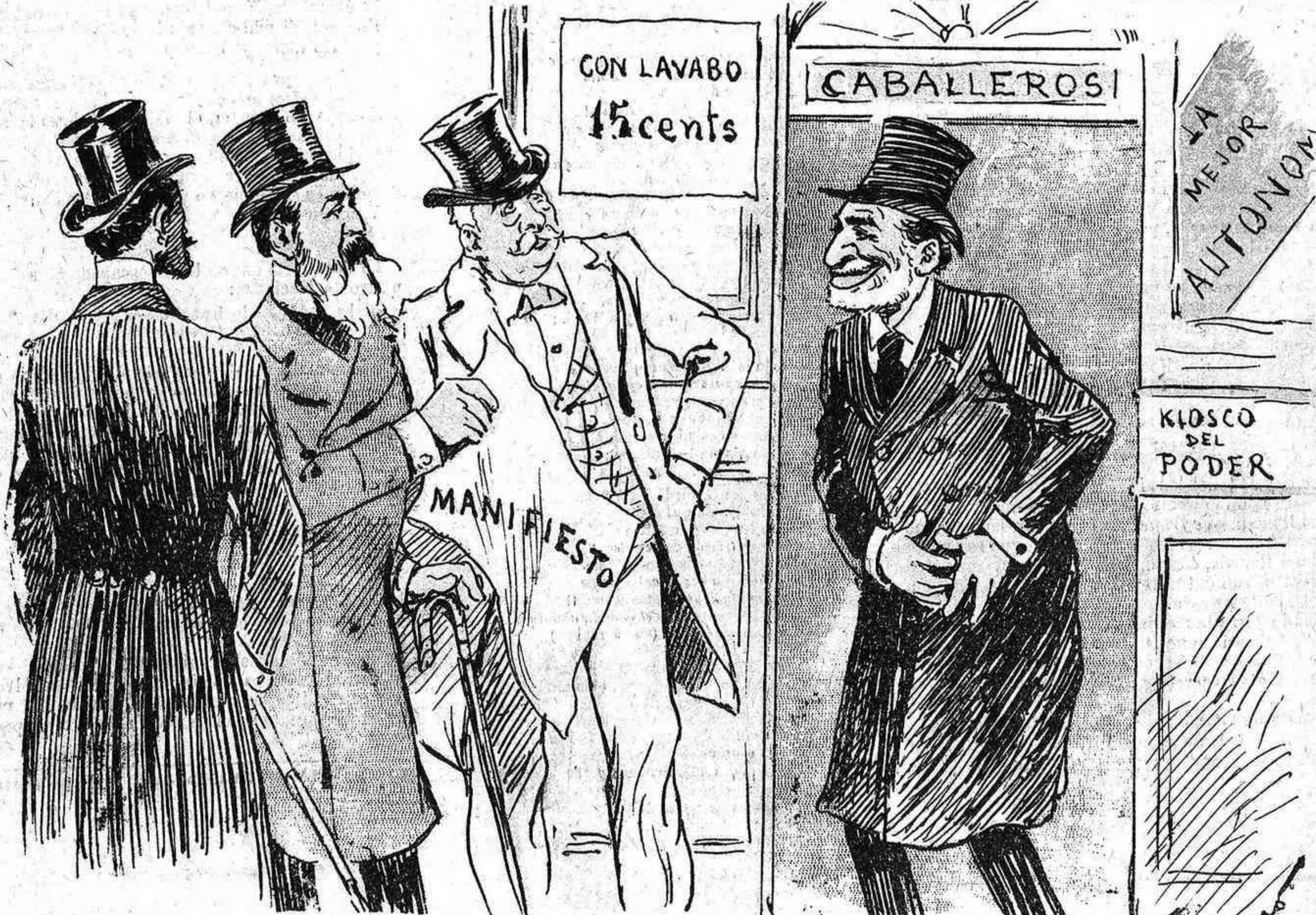
Si te vas á confesar
no digas nada que ayer
has visto á Linares Rivas
junto al Sexto (Duque de).

En el teatro de la Alhambra
se formó la compañía;
con un sainete de Burges
debutarán en provincias.

Florentina, tú me matas,
tú me tiras á perder,
tú me traes á la memoria
cosas que no pueden ser.

Me enviaste el Manifiesto
con una cintita azul,
no quiero papel, ni cinta,
ni quiero que subas tú.

NUEVA MANERA DE ENTRAR EN EL PODER



Los autores del Manifiesto: Ande usted, don Práxedes, entre usted, que para eso sirve el papelito